

PRESENTACIÓN

Con alguna hipérbole (muy poca, en realidad), podría afirmarse que este estudio empezó a escribirse en febrero de 1971, cuando crucé por primera vez el umbral de la casa Riva-Agüero, en la calle Lártiga, actual jirón Camaná, en el centro histórico de Lima. Me acompañaba mi amigo —mi hermano— Alejandro Ferreyros Küppers y buscábamos a Carlos Gatti para pedirle un consejo sobre un trámite que debíamos cumplir en la Pontificia Universidad Católica del Perú, a la que acabábamos de ingresar. Carlos era en esa época el secretario del Instituto Riva-Agüero y trabajaba por las tardes. Como nosotros fuimos por la mañana, no lo encontramos. Nos había facilitado su nombre un amigo común: José María Navarro Pascual, compañero de estudios de Carlos Gatti en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Católica.

Regresé a la casona cuando se iniciaron las clases, en abril de 1971, pues allí se realizaban las prácticas del curso de Lengua I que dictaba Luis Jaime Cisneros en el local de la universidad en la plaza Francia, que cierra por el sur el jirón Camaná. La ruta entre esa plaza y la casa Riva-Agüero era un intenso bullir de alumnos de la Católica. Sin embargo, no fue sino en 1972, cuando Carlos Gatti nos convocó, a varios compañeros y compañeras de promoción y a mí, para formarnos en las labores del Seminario de Lengua y Literatura del Instituto Riva-Agüero, heredero del antiguo Seminario de Filología, cuando empecé a ir regularmente a la casa de Lártiga. Alonso Cueto Caballero, María Gracia Martínez Pizarro, Rosa Samamé Figuerola y varios otros alumnos de nuestro año integraban el grupo.

La labor docente y tutorial de Carlos Gatti fue clave para nuestra formación, que se complementó —y cuánto— con los intercambios directos que se suscitaban en los patios (sobre todo el segundo), en la

sala de seminarios o en la Sala España de la casa entre profesores de labor intelectual ya asentada, jóvenes investigadores que se iniciaban en la docencia y nosotros, que veníamos con nuestras lecturas desordenadas y muchas ganas de aprender. En retrospectiva, considero que conversar con José Agustín de la Puente Candamo, Armando Nieto Vélez, Margarita Guerra Martinière, César Gutiérrez Muñoz, Ricardo González Vigil y otros profesores fue un raro privilegio que me abrió a la vida académica tanto o más que las clases. Poder seguir libremente, sin ninguna obligación previa ni ningún reconocimiento posterior, un seminario sobre san Ireneo de Lyon con un especialista en Patristica como Mons. Óscar Alzamora Revoredo o asistir a una conferencia de Julián Marías o de Jorge Basadre o sencillamente recorrer con la vista los lomos de los libros magníficamente encuadernados de la biblioteca de don José de la Riva-Agüero que se guardaban en la antigua Dirección fueron experiencias que marcaron mi juventud y decidieron mi vocación.

Cuando el Dr. de la Puente y Carlos Gatti me llamaron en 1974 para trabajar con ellos en la Secretaría del Instituto, primero como subsecretario y luego como secretario adjunto, mis vínculos con la casa se estrecharon mucho más, y se prolongaron (siguen todavía) aun después de que dejé de trabajar en ella, en el otoño austral de 1987.

No puedo encontrar mejor lugar ni mejor momento para recordar en la figura de Luis Repetto Málaga, quien falleció recientemente a causa de la peste, a todos los amigos y amigas a los que la casa acogió y quienes, a su vez, se prolongaron vitalmente en ella: José Antonio Rodríguez Garrido, Pedro Guibovich Pérez, Armando Guevara Gil, Hugo Pereyra Plasencia, Luis Bacigalupo Cavero-Egúsqüiza, Carlos Castillo Sánchez, Milena Cáceres Valderrama, Gilda Cogorno, Ángela Portocarrero Barandiarán, Inés del Águila Ríos, José Chichizola Debernardi, José Ugarte Pierrend, Luis Eduardo Wuffarden Revilla y un largo etcétera.

Aunque no vinculado con la casa de Lártiga, sino con otra casa de Riva-Agüero, la de la calle Lima del balneario de Chorrillos (donde se compiló y corrigió el manuscrito de 1931 que es la base de nuestra edición), quiero recordar también aquí al R.P. Ricardo Wiesse Thorndike, limeño cabal, quien se habría sentido feliz con este trabajo. Basado en un testimonio oral suyo, me lo imagino niño y adolescente en los veranos de la década de 1930 paseando con sus hermanos en Chorrillos, quizás en la misma calle Lima, donde estaba la casa de

sus abuelos maternos, e intercambiando saludos y algunas palabras con don José de la Riva-Agüero, exalumno de su abuelo Carlos Wiesse Portocarrero en la Universidad de San Marcos, colaborador como su padre Carlos A. Wiesse Romero en *Mercurio Peruano* —la revista dirigida por su padrino Víctor Andrés Belaunde—, y amigo cercano de su tío político Emilio Ortiz de Zevallos Vidaurre.

Empecé a estudiar *Paisajes peruanos* en 1998: mi participación en el coloquio *Centenario de la generación del 98. España y América*, organizado por el Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú, la Embajada de España en el Perú y el Centro Cultural de España de Lima, en setiembre y octubre de 1998, juntó tres intereses: la prosa rítmica, el libro de Riva-Agüero y los escritores de la generación del 98 —Azorín, Machado, Unamuno—, autores cuyas obras leía y analizaba con mis alumnos de la asignatura de Literatura Contemporánea Española que dictaba entonces y que dicté hasta hace pocos años en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Católica.

Luego de más de una década, en octubre de 2010, los estudiantes de Historia de la citada Facultad me invitaron a clausurar el XX Coloquio de Estudiantes de Historia. Cumplí con ellos con una conferencia —que luego se transformó en artículo— sobre el género de *Paisajes peruanos*. A partir de ese momento, nuevas oportunidades se sucedieron para seguir reflexionando sobre el libro de Riva-Agüero. En 2012, año del centenario del viaje del historiador limeño por la Sierra peruana, José de la Puente Brunke, que en esa época era director del Instituto Riva-Agüero, me pidió que organizara un congreso para conmemorar el acontecimiento. El congreso se realizó en la casa de Lártiga en noviembre de ese año. Un libro, «*Paisajes peruanos*». José de la Riva-Agüero, la ruta y el texto, que apareció en 2013, recogió diecisiete de las ponencias presentadas. En noviembre del mismo año, invitado por la Universidad de Friburgo (Suiza), participé con una comunicación sobre *Paisajes peruanos* en el coloquio *La imagen del otro en el escritor hispánico del siglo xx*. Pude exponer mis ideas sobre el libro de viajes peruano ante un selecto grupo de teóricos y de creadores de relatos de viajes como Alfonso Armada, Ana María Briongos, Geneviève Champeau y Julio Peñate Rivero. Un año después, en noviembre de 2014, invitado por Javier Zamora Bonilla, entonces director del Instituto de Estudios Orteguianos de la Fundación Ortega-Marañón de Madrid, en las jornadas internacionales *La generación de 1914. Su*

circunstancia europea y transatlántica, presenté una ponencia sobre las relaciones entre José de la Riva-Agüero y José Ortega y Gasset que incluía referencias a *Paisajes peruanos*. El trato frecuente con Margarida Amoedo y con Jaime de Salas en esas jornadas me permitió afinar mis conocimientos sobre la circunstancia orteguiana y su relación con el paisaje. Una rara oportunidad de intercambio de ideas con colegas italianos se presentó en octubre de 2015, en la Accademia Petrarca de Arezzo, gracias a la invitación de su presidente, el Prof. Giulio Firpo. En junio de 2016 pude trabajar nuevamente el texto de *Paisajes*: ofrecí una contribución en el conversatorio *Ciudades inteligentes y relatos de viajes*, organizado por la Facultad de Ingeniería de la Universidad del Pacífico. Intercambiar ideas con Luis Alonso, del Media Lab del Massachusetts Institute of Technology (MIT), y con otros especialistas fue una experiencia enriquecedora. Luego, en febrero de 2018, dicté la conferencia «La nación detrás del paisaje. El Perú: distancia y epifanía» en la Universidad de Brown. Agradezco a Julio Ortega y a los colegas del departamento de Estudios Hispánicos por las atinadas observaciones que me hicieron a propósito de *Paisajes peruanos*.

He aprendido mucho sobre relatos de viaje conversando con y oyendo a Luis Alburquerque García, mi codirector de tesis, en Lima, en Friburgo y en Madrid. El aporte de sus ideas a la armazón teórica de esta tesis ha sido fundamental. La estancia que realicé en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de Madrid en enero y febrero de 2019 me permitió beneficiarme diariamente de su consejo y de su orientación. Las animadas conversaciones con José Luis García Barrientos, Ángel Pérez Martínez —cuyos conocimientos de literatura viática y humanidades digitales le permiten una flexibilidad intelectual fuera de lo común— y Mariano Quirós García en las oficinas, los pasillos, las salas de reuniones y la cafetería del edificio de la calle Albasanz contribuyeron, a la vez, a abrirme perspectivas y a focalizar mi trabajo. La atención constante de Enrique Palma Bellido, secretario del Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del CSIC, me facilitó el día a día de esa estancia y pude aprovecharla intensamente, como si hubiera sido uno más de los investigadores del Consejo.

La discusión de mis ideas en el contexto de las actividades del grupo Littera de la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Madrid en febrero de 2019 permitió que me beneficiara de los comentarios de mis colegas y amigos Rosa María Aradra Sánchez y José Ramón Carriazo Ruiz. A partir de las que expuse en mayo de ese

año en el marco de los Seminarios Áureos del Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) en la Universidad de Navarra y gracias a las opiniones de los profesores y estudiantes graduados que participaron en el seminario, pude precisar las aún vagas reflexiones que entonces daban vueltas en mi conciencia sobre la transformación de las crónicas de Indias en evocación histórica que Riva-Agüero ejecuta en el capítulo IX de *Paisajes*. Ignacio Arellano, Carlos Mata Induráin, Jesús Dorado Blanco, J. Enrique Duarte, Blanca Oteiza, Sara Santa Aguilar y Miren Usunáriz fueron interlocutores atentos y perspicaces. Han aportado también a esta investigación las opiniones de Antonio Sánchez Jiménez, de la Universidad de Neuchâtel, donde expuse en mayo de 2019 algunos de los temas que se han desarrollado en ella. Uno, muy puntual, fue presentado en la Universidad de Cádiz, en el marco del VII Congreso Internacional de Lingüística Coseriana, en enero de 2020. Mis colegas, y especialmente José María García Martín y Ana María Agud, me ilustraron con sus comentarios y sugerencias.

Agradezco el acogimiento de los *colleges* Emmanuel y Fitzwilliam y del Centre for Latin American Studies de la Universidad de Cambridge. El intercambio de opiniones que se generó luego de la comunicación sobre la épica en *Paisajes peruanos* que presenté en el Centre en enero de 2020 me obligó a repensar algunas ideas y a reafirmarme en otras. Quedo reconocido por ello a parte de los asistentes: David Brading, Celia Wu Brading, Consuelo Sáizar, Joanna Page y Caroline Egan. Con las doctoras Egan y Wu mantengo deudas de gratitud que difícilmente podré saldar. Las conversaciones que surgieron después de mi presentación en el Centre of Latin American Studies de la Universidad de Oxford, adonde pude viajar gracias a la ayuda del Fondo Rosemary Thorp, también en enero de 2020, me ayudaron a comprender mejor el contexto de *Paisajes peruanos*. Agradezco vivamente a todos los que participaron en ellas y, de manera particular, a Eduardo Posada Carbó y a Carlos Pérez Ricart.

El apoyo de la Universidad del Pacífico a la realización de este texto ha sido esencial. Sin el año sabático que me concedió, no habría tenido ni la tranquilidad ni los medios para acometer una investigación de esta envergadura. En retribución, creo que puedo entregarle un trabajo que no desmerece el realizado por mis predecesores. Pedro M. Benvenuto Murrieta, César Pacheco Vélez y Percy Cayo Córdova, profesores del Departamento Académico de Humanidades, fueron concedores solventes y seguros de la obra de José de la Riva-Agüero.

En esta línea, agradezco a Martín Monsalve Zanatti, actual jefe del Departamento, por haberme orientado (no solo bibliográficamente) en la parte histórica del estudio preliminar, y por su respaldo incondicional.

El entusiasmo y el compromiso efectivo de las autoridades máximas y de las directoras de los fondos editoriales de la Pontificia Universidad Católica del Perú y de la Universidad del Pacífico de Lima fueron clave para la edición de este libro. Lo fueron también los del equipo editorial de la Biblioteca Indiana dirigida por el GRISO de la Universidad de Navarra y el Proyecto Estudios Indianos de la Universidad del Pacífico. A todos, vaya mi gratitud emocionada.

Sin la colaboración y el consejo de José Antonio Salas García no habría podido lidiar con las referencias a los idiomas prehispánicos, y en especial a la fonética quechua y a su representación ortográfica, que aparecen en varias partes del texto. Deseo manifestarle aquí mi gratitud en los términos más amplios posibles. Jaime Quispe Cansino me aclaró un aspecto puntual del folklore andino. Le quedo muy agradecido por ello.

Esta edición ha demandado un trabajo intenso en el Archivo Histórico Riva-Agüero. Agradezco a su directora, Ada Arrieta Álvarez, por la permanente solicitud con la que apoyó nuestras indagaciones. Agradezco también a las autoridades y a los bibliotecarios de la Biblioteca Tomás Navarro Tomás del CSIC de Madrid, de la Biblioteca de la Residencia de Estudiantes de Madrid, de la Biblioteca Central y de la Biblioteca del Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, de la Biblioteca de la Universidad del Pacífico y de la Biblioteca Benvenuto de la citada institución, y de la Biblioteca del Club Nacional de Lima. Raúl Flores, de la Biblioteca del Instituto Riva-Agüero; Milagros Peralta, de la Biblioteca de la Universidad del Pacífico; Milagros Ríos Pereyra, de la Biblioteca Benvenuto; y Alfredo Mena y su equipo, de la del Club Nacional, soportaron pacientemente mis pedidos insistentes y abundantes. Les agradezco reiteradamente por ello.

Vayan mi más vivo reconocimiento y mi gratitud más sincera a Mariela Insúa Cereceda, del GRISO de la Universidad de Navarra, y a Miren Usunáriz Iribertegui, compañera de estudios en el doctorado de Artes y Humanidades y también miembro del GRISO, por su cooperación permanente y por su amistad. Agradezco de corazón a mis colaboradores inmediatos, quienes me han ayudado a sortear

problemas técnicos, fundamentalmente de presentación del material textual, que mi poca pericia habría convertido en perdurables: Jorge Bambarén Espinosa, Daphne Cornejo Retamozo, Jean Christian Egoávil Ríos, Ivonne Macazana Galdos y Enrique Urteaga Araujo.

Finalmente, quiero dar las gracias más expresivas a Ignacio Arellano Ayuso, que dirigió mi tesis doctoral en Artes y Humanidades en la Universidad de Navarra, pues su atención cuidadosa, rápida y esmerada, y su confianza en que este proyecto editorial podía llevarse a cabo fueron tónicos eficaces para mi voluntad, decaída a veces, sobre todo en los últimos tiempos. Y a Martina Vinatea Recoba y Carlos Gatti Murriel, cuyo entusiasmo por lo que hago excede frecuentemente la medida de lo que les entrego.

Lima, febrero de 2021

J.W.R.